DOCUMENTOS

Poesías Inéditas de Juan del Valle Caviedes

JUAN del Valle Caviedes escribió la mayor parte de sus poesías durante el último cuarto del siglo XVII, pero gran número de ellas no se publicaron hasta casi dos siglos después, cuando Manuel de Odriozola, ayudado por Ricardo Palma, las incluyó en el tomo V de los *Documentos literarios del Perú* (1873). No es de extrañar que tardaran tanto tiempo en publicarse, teniendo en cuenta la naturaleza vehemente de su sátira social y alguno que otro pasaje escabroso. Según nos dice Odriozola, basó su edición en un manuscrito que había pertenecido al Dr. José Manuel Valdés, un médico limeño.¹

El hallazgo de otros importantes manuscritos durante estos últimos veinte años nos permite afirmar hoy que la edición de Odriozola es muy incompleta (contiene solamente ciento treinta y nueve poemas de los doscientos setenta y ocho que ahora conocemos) y que en ella hay muchos errores. En 1899 Ricardo Palma dio a conocer otra edición de las poesías de Caviedes, como parte de su *Flor de Academias y Diente del Parnaso*, donde incluyó ciento cuatro poemas: treinta y cinco menos que la anterior. Para su edición Palma utilizó un manuscrito, que ya ha desaparecido, de la biblioteca particular de don Cipriano Coronel Zegarra.² Siguiendo las huellas de Palma, Luis Alberto Sánchez y Daniel Ruzo publicaron el *Diente del Parnaso*, en 1925. Esta edición es la menos

¹ Manuel de Odriozola, "Advertencia oportuna", en *Documentos literarios del Perú* (Lima, 1873), V, 3-4.

² Ricardo Palma, "Prólogo", en *Flor de academias y Diente del Parnaso* (Lima, 1899), p. 335.

completa de todas; se suprimen cuarenta y seis de las poesías incluidas por Palma.

Finalmente con el descubrimiento de nuevos textos del poeta, Fr. Rubén Vargas Ugarte publicó en 1947 las *Obras de Don Juan del Valle y Caviedes*. Para esta edición fueron consultados cuatro manuscritos: uno de la Biblioteca Nacional de Madrid, otro de la Biblioteca de la Universidad de Duke (el más completo y quizá más auténtico de todos los conocidos), un tercero de la Biblioteca Nacional de Lima, y un cuarto de la Biblioteca del Convento de San Francisco, en Ayacucho, Perú. Aunque la edición de Vargas Ugarte es la más completa de las cuatro (contiene doscientos cincuenta y cinco poemas), hay que decir que adolece de faltas serias. En varios poemas el editor ha omitido muchos versos y en otros casos no incluye poemas enteros ni menciona que algunos existen.³ Vargas Ugarte ha tratado de justificar sus omisiones diciendo: "es casi un deber cribar su obra poética [de Caviedes] y arrojar a un lado como inútil paja todo cuanto de repulsivo, maloliente o de subido color hallamos en ella".⁴ Por nuestra parte, somos de la opinión de que si Caviedes las consideraba dignas de su pluma, esas composiciones deben ser publicadas, a fin de tener una idea completa de su poética.

Después de la edición de 1947 nuestras investigaciones han dado a luz cuatro manuscritos desconocidos. Dos de ellos se encuentran en la Biblioteca de la Universidad de Yale; el tercero fue hallado en la Biblioteca Nacional de Lima; y el cuarto en la colección particular del historiador y cuentista argentino W. Jaime Molíns. De estos cuatro manuscritos y los cuatro antes mencionados, hemos sacado los doce poemas

³ *Obras de Don Juan del Valle y Caviedes*, ed. Rubén Vargas Ugarte (Lima, 1947). Los poemas de versos omitidos son los siguientes: "Romance a Jesucristo" (pp. 1-8), "A la muerte del maestro Baes" (pp. 58-60), "Al doctor Corcobado" (pp. 235-236), "Aviendo opuesto el doctor Machuca a la cátedra de venenos, alegó que era doncel" (p. 253), y "Aviendo alabado el Dr. Melchor Vásquez de haber sanado de una enfermedad grande a un sujeto" (pp. 253-254). Los poemas conocidos por el editor, pero no incluidos en su edición son "A un hombre chiquito y viejo que se casó con una moza hermosa y pobre, siendo él rico", "A un poeta que de hacer versos le dieron seguidillas", "A una dama que vino a curarse al Hospital de la Caridad", "Al casamiento de un secretario de crimen con Clara", "A una dama que por serlo con demasía la prendieron", "A una dama que por serlo paró en la Caridad", "A una dama que rodó por el Cerro de San Cristóbal una tarde de su fiesta", "Romance aleve a tradición a los cursos de una dama", "Defensa que hace un pedo al ventoso", y "Lamentos de una pobre mujer y consuelos de un pobre marido, por la distinta naturaleza de sus consortes".

⁴ Rubén Vargas Ugarte, "Introducción", en *Obras de Don Juan del Valle y Caviedes* (Lima, 1947), p. XII.

que ahora publicamos. Por las grandes diferencias de estilo y tema es de suponer que estos poemas pertenecen a distintos períodos del desarrollo artístico de Caviedes, los cuales vamos a examinar antes de presentar los textos.

Los poemas "A los ojos de una dama", "A los ojos de otra dama", "A una dama en el prado", "A la ausencia de una dama", y "En metáfora de un ruiñón explica sus pesares", pertenecen al grupo de tema amoroso, quizá a la época cuando empezó Caviedes a darse cuenta de su Musa poética. Tres de los cinco están escritos en la estrofa predilecta de Caviedes: el romance. Los otros dos son: uno de coplas de pie quebrado y otro de endechas reales. El núcleo de poemas de tema amoroso consiste en diez y seis "Romances amorosos", y hay otros catorce más que tienen el mismo tema.

Como saben todos los lectores de la obra de Caviedes, el poeta dedicó su pluma, en gran parte, a la sátira contra los médicos limeños, pero es preciso notar que escribió ochenta y un poemas en los que satiriza otros elementos de su medio social. Los dos romances, "A una dama que, yendo a Miraflores, cayó de la mula en que iba", y "A una dama que estaba amancebada con un mercader capón", atacan no sólo a las mujeres por su promiscuidad, sino también a los hombres. Su censura a los clérigos y a la Iglesia es evidente en "Habiendo cobrado doce pesos el canónigo capón de la limosna de unas misas en huevos, le salieron huevos". Sin duda hay quien dirá que es mejor no publicar tales poemas con sus conceptismos jocosos e imágenes gráficas que a veces son casi pornográficas, pero a ellos les contestamos con las palabras de Caviedes cuando nos dice:

Perdonad de este romance
el ser puerco por servicio,
que a ser puerco y muerto no
lo aplaudierais de cochino.
Y pues gustáis del humor
vuestro, yo gusto del mío,
que tengo cursos de versos
y de ellos estoy ahito.⁵

Otro punto de interés en la sátira social de Caviedes es la burla dirigida a las peculiaridades y defectos físicos. Muchos de los personajes que aparecen en sus poemas son corcobados y hombres pequeños, en-

⁵ *Documentos literarios del Perú*, ed. Manuel de Odrizola (Lima, 1873), V, 131.

vejecidos y narigudos. En su romance "A un narigón disforme", que nos hace recordar el soneto de Quevedo sobre el mismo tema, describe la gran nariz de un tal don Antonio. A la vez lanza algunas invectivas contra los judíos, cosa no inesperada en el siglo XVII, cuando la Inquisición aún tenía sus autos de fe en Lima. Junto a estos romances satíricos encontramos una cuarteta titulada sencillamente "Aguda". Hay en la obra de Caviedes más de cincuenta de estas piezas cortas que consisten en una cuarteta o quintilla. Por lo general evocan una sola idea, tal como la escrita sobre Venus, que se incluye aquí.

El romance "A la muerte del maestro Baes" presenta otro aspecto de la poética de Caviedes. El poeta lamenta la muerte de un teólogo y maestro limeño del siglo anterior, y podemos apreciar en este poema la angustia fervorosa y sincera con que escribe. Además, notamos su predilección por la técnica del apóstrofe. El poema aparece en la edición de Vargas Ugarte (*Obras*, pp. 58-60), pero faltan los últimos cincuenta y dos versos. Quizá la omisión de estos versos sea por descuido o por no considerarlos de igual calidad que los iniciales.

El "Romance de Jesucristo" es el más largo y quizás el mejor escrito de los treinta y un poemas de tema religioso. Fue publicado por Vargas Ugarte (*Obras*, pp. 1-8), pero por alguna razón que no nos explica, no incluye los últimos noventa y dos versos, aunque aparecen en todos los manuscritos que contienen el poema. Vemos en este romance la adoración a Jesús, Dios, y la Virgen, la contemplación de la Crucifixión, y los lamentos del pecador que no se considera digno del amor del Señor.

En estos doce poemas vemos al poeta en tres períodos diferentes: el de la poesía de tema amoroso, el de poesía de sátira social, y el de tema religioso. No decimos que estas son sus mejores poesías, pero en la consideración del valor artístico de un poeta hay que tener en cuenta el conjunto de su obra. Sería difícil negar que Caviedes no es uno de los más importantes poetas líricos de su siglo en Hispanoamérica, y por esto ofrecemos estas adiciones a su obra. Preparamos una edición crítica y completa de la obra de Caviedes, basada en los ocho manuscritos que se conocen hasta la fecha. Así, con el conocimiento de toda su obra, será posible apreciar el verdadero valor de este ingenioso escritor colonial.

University of North Carolina

DANIEL R. REEDY

TEXTOS

"A los ojos de una dama" ⁶

Puse en tus ojos los ojos,
y tanto costó el ponerlos,
que los ojos me han llevado
sólo por bellos.
Ojos que llevan los ojos
es ceguedad el quererlos,
si me cuesta lo que miro,
lo que veo.
En no mirar por mis ojos
consiste mirar por ellos,
pues estoy viendo en los tuyos
lo que ciego.
Por tus ojos, que a mis ojos
trates con más miramiento,
que por pardos son mal vistos
de los negros.
En ojos me dan los tuyos,
porque son grandes traviesos,
que he de decirte en tu cara
lo que quiero.
Ojos me hago por mirarlos,
Argos de tus dos luceros,
y cuando son tan bien vistos,
ciego al verlos.

[MS. Duke, fols. 190v^o-191r^o; MS. Madrid, fols. 247r^o-248r^o]⁷

⁶ En mi transcripción de los textos modernizo la puntuación, la acentuación, la separación de las palabras, la ortografía, y el uso de mayúsculas.

⁷ Para mayor claridad doy a los ocho manuscritos mencionados en el estudio anterior los siguientes nombres: MS. Duke, MS. Madrid, MS. Yale-A, MS. Yale-B, MS. Lima-A, MS. Lima-B, MS. Ayacucho, y MS. Molíns. Para una descripción detallada de estos manuscritos, véase mi tesis doctoral, *The Poetic Art of Juan del Valle Caviedes*, University of Illinois, 1962, pp. 18-27. Al pie de cada poema, encierro entre corchetes la fuente donde se encuentra. En el caso de más de una fuente para un solo poema, he escogido el mejor y, por mi parecer, más auténtico de los textos para presentar aquí. Pongo en letra cursiva la fuente de la cual he tomado el texto para cada poema.

"A los ojos de otra dama"

Alcaldes de corte son
esos tus ojos Belisa;
porque a cuantos miran, dan
sentencia de muerte en vista.
Yo no sé en que ley hallaron
esa dulce tiranía;
mas dirás que en la desgracia,
que no tienen otra escrita.
En nada son ignorantes,
antes su ciencia es divina,
que unos tan grandes rasgados
de estudiantes se acreditan.
El rey tienen en el cuerpo
y con razón se imagina,
que en unos tan bellos pardos
no es mucho que el rey asista.
Que son letrados tus ojos
lo dicen cuantos los miran;
pues les enseña tu barba
las leyes de la partida.
Dicen que sin causa matan,
mas esto del quitar vidas
juro a tus divinos soles
que buen parecer tendrían.
Muchos agraviados tienen;
teme alguna alevosía;
y pues Dios te los dio hermosos,
mira por ellos Belisa.

[MS. Madrid, fols. 248^{rº}-248^{vº}]

"A una dama en el prado"

Riñó con la primavera
Amarinda, y salió al prado,
en un jardín que las flores
le señalaron por campo.

El sol salió por padrino,
y al repartirse los rayos,
le dio Amarinda sus luces,
porque no anduviese escaso.
Hízole rostro la rosa,
mientras fue desenvainando
una azucena, que enfrente
se estaba con mucho espacio.
Buscóle el clavel la boca,
y al afrentarle su labio,
un jazmín, vecino suyo,
llegó con ella a las manos.
Al ruido abrió el capullo
un carmín desvergonzado,
que al rostro le hizo salir
sus colores nacarados.
La margarita, que vio
la pendencia, metió mano
a la blanca, más quedó
todo su valor en blanco.
Valiéronse de los pies
muchas que se retiraron,
pero Amarinda en los suyos
las cogía a cada paso.

[MS. Madrid, fols. 248v^o-294v^o]

"A la ausencia de una dama"

Hermoso dueño mío,
oye en tristes endechas
de tu ausencia los males,
no digo bien, las muertes de tu ausencia.
El aire me es testigo,
que le agotan mis quejas,
y para mis suspiros
son más que un elemento mis tristezas.
Es tu memoria fiero
torcedor que me aprieta,

que es siempre la memoria
la que en la voluntad más atormenta.
Destreza es del amor
que hieran más sus flechas,
cuanto más de su arco
el blanco a quien le tiran se le ausenta.
Mi mal es sin remedio,
si en complicadas penas,
cuando por verte muero,
por no verte me mata mi fineza.
Yo lloro y no descanso,
suspiro y no me alienta,
que es tormento dos veces
llorarlo muchas, sin que alivio tenga.
Voluntad y memoria
te miran y te acuerdan,
y penan los sentidos
la gloria que se tiene en las potencias.
Fuentes, que veis mi llanto,
para lágrimas tiernas
prestadme vuestras aguas,
pagaré en ríos cristalinas hebras.
Rocas, si las paredes
tienen para oír quejas,
también tendrán los riscos
oídos que prestar a mis ternezas.
Que el mal comunicado,
si no falta, consuela,
al revés de las dichas,
que nadie comunica lo que alegra.
Será sin duda alguna
por no dar nada de ella,
que es franca la desgracia,
cuanto tiene la dicha de avarienta.
¿O quién del pensamiento
formar alas pudiera,
que de plumas calzara
quien calza grillos de pesada ausencia?
De mi centro me apartan

influjos de mi estrella,
que en mi infelice suerte
tiene infaustos resabios de cometa.

[MS. *Duke*, Fols. 224v^o-226r^o; MS. Madrid, fols. 291r^o-292r^o]

"En metáfora de un ruiñeñor explica sus pesares"

Canta ruiñeñor alegre,
que de tus tristes endechas
se sienten tanto mis males
que tienen celos mis penas.
Tan hecho estoy a pesares,
que avariento de tristezas
no quisiera verte triste,
porque el ver triste alegra.
Ríete de mis congojas
para que menos las sientas,
que las desdichas burladas
es suerte del padecerlas.
Otro mal es el remedio,
cuando al dolor no aprovecha,
porque es desesperación
que los remedios se pierdan.

[MS. *Yale-B*, fols. 101v^o-102r^o; MS. Lima-A, fols. 97r^o-97v^o]

"A una dama que, yendo a Miraflores, cayó de la mula en que iba"

De liviana precia Anarda,
si a Miraflores partió,
y dio la vuelta mucho antes
de llegar a la mansión.
Del palafrén en que iba
del colodrillo cayó,
y el sol le dio con la vuelta
donde a ninguna da el sol.
Lo que en el pepino amarga

enseñó patente con
lo que engulle los pepinos,
que ninguno le amargó.
Taba pareció arrojada
de mano de jugador,
si en vueltas de culo y carne
por la campaña rodó.
La vuelta de la campana
dio Anarda, y si no sonó,
fue por faltar a su llaga
el badajo en la ocasión.
La corte, con que a la corte
van los niños, no enseñó,
con sus plazas y arrabales
hasta en mitad del riñón.
Puso, al caer la cabeza,
las ancas en facistol,
con propiedad por ser donde
tanto puntero apuntó.
Si no pone la navaja
algún cuidado anterior
en los dos cuartos traseros,
fueran cuartos de vellón.
Pero era barbiponiente,
porque el aseo quitó
los vellos con que motejan
a los faltos de valor.
Si enseñó partes lampiñas,
a nadie dé admiración
que en pelo no estén, si tanto
jinete las ensilló.
El mes en que sus pañales
tenían la purgación,
se conoció que era marzo,
luego que el rabo volvió.
Si es mucho tanto reparo,
también sucede al lector,
que luego que el ojo ve,
repara con atención.

Del cambray de la camisa
puercas muestras dio el color,
del jabón que escaseaba,
y la sobra de almidón.
Con el juego descubierto
todo albedrío envidió,
y le quisieron con verle
la pendanga y pericón.
Que tantos la hubiesen visto
cuidado fue del amor
sólo una vez, que a caer
Anarda se remangó.
Una corta herida sólo
de la caída sacó,
y fue mucho, si de mil
tan sólo saca un chinchón.
Boca arriba quedó, hiriendo
con uno y otro talón,
mas no extraño estas heridas,
sólo el porrazo extraño.
A cubrir no acertó al conde,
y admiraron con razón,
como teniéndole grande,
tanto en cubrirle tardó.
La selva de Miraflores
vimos y a un pensil mayor,
con su jardín, donde tantos
capullos descapulló.
Pero no fue Miraflores
lo que le vimos, sino
la rinconada de Late,
si le late este rincón.
En sus columnas de seda,
donde pone el ciego dios
non plus, pues ultra leímos,
si sus indias descubrió.
Que fuesen las descubiertas
las Indias, se ve en rigor;
que el escudo de Veraguas

lo descubrió con Colón.
 Envuelta entró con la suya
 con alguna que cegó,
 y gallego de amor anda
 con perro, gaita, y bordón.

[*MS. Duke*, fols. 84v^o-86v^o y 131v^o-133r^o; *MS. Madrid*, fols. 117v^o-120r^o; *MS. Yale-A*, fols. 90v^o-92r^o; *MS. Yale-B*, fols. 111-r^o-113r^o; *Lima-A*, fols. 104v^o-106r^o; *Lima-B*, fols. 66r^o-67r^o; *MS. Molíns*]⁸

"A una dama que estaba amancebada con un mercader capón"

Dos ciudades del gran turco
 tienes en quien te enamora,
 si es capón y mercader,
 Capadocia y Trapizonda.
 En tiple dicen que canta
 en tu facistol la solfa,
 pues nunca ha hecho contigo
 para tener la voz ronca.
 Poco en su amor interesas,
 pues no te puede dar cosa
 aquél que ordinariamente
 tiene vacías las bolsas.
 Para substancia es muy bueno
 de tus flaquezas que monta,
 mas un capón para ella
 que diez gallos porque montan.
 Por cordován el pellejo
 de un galán capado apropia,
 mas no tiene cordován
 quien tiene vaqueta sola.
 El libro de su cariño
 es todo dedicatoria,
 tasa, prólogo, y licencia,
 pero la historia es historia.

⁸ No puedo dar los folios para los poemas que aparecen en el *MS. Molíns*. El poseedor del *MS.* me ha mandado un índice del tomo y copias en microfilm de varios poemas, pero el *MS.* no tiene folios numerados.

Reloj del sol es contigo
que sólo apunta la hora,
si por faltarle las pesas,
nunca la campana toca.
Comer a secas el pan
comida ha sido capona,
bizcocho de amor que nunca,
aunque moja, no remoja.
Pleito te hace de acreedores
cuya universal discordia
por más que el pleito se juzga,
la conclusión no se logra.
Mal mercader es de amor,
si en sus cosas y en tus cosas,
todo es entrar y salir,
y nunca jamás negocia.
Aunque cabes de apalera,
con sus cariños te ponga
y los tires, has de errarlos,
porque nunca ves las bolas.
Tu honestidad nunca mancha,
porque aunque tertia blasona
casa de aceite en España,
no hay alcuza que lo cojan.
La que es dama de capón
tendrá cojines sin borlas,
zarcillos sin calabazas,
punzón sin perlas ni aljófar.
Sin diamantes los anillos,
las arracadas sin gotas,
si el requesón del amor
no hay fuero que se componga.
Son celosos espantajos,
gente inútil chilladora,
porque a su vergüenza falta
la mitad que a otras le sobra.
Zancas todos huesos,⁹

⁹ Este verso es casi ilegible en los dos MSS. y es evidente que faltan dos sílabas.

que al paso que el pollo engorda,
capado el hombre enflaquece
de ver sin cubos la sogá.
Gózate con tu capón
los años que él no te goza,
jugando a la argolla y trucos
con toca, pala, y sin bolas.

[MS. Yale-B, fols. 98vº-99vº; MS. Lima-A, fols. 94vº-95vº]

“Habiendo cobrado doce pesos el canónigo capón de la limosna de unas misas en huevos, le salieron huesos”

Unas misas cobró en huevos
el canónigo castrado,
porque hay misas de capón
como hay las misas del gallo.
Cobró en lo que deseaba,
aunque ocioso embarazo,
si es especie de caudal
que no tiene de embolsarlo.
Mucho mejor que los huevos,
dice el refrán, que es el caldo,
pero él nada de esto dice,
porque nunca lo ha estilado.
Hágalos sin caldo fritos,
porque en él no será extraño
que quien de raso está en esto,
tiene huevos estrellados.
Huevos molles podrá hacer,
mas no pueden ser, si en tantos
años de caponería
ningún almíbar le han dado.
Hilados los puede hacer,
ya que tiene para el caso,
si no los copos, el uso,
y los dedos para hilarlos.
Hágalos de faltriquera,
que así se irán acercando,

pues de esa manera están
junto a la manera al salto.
Asados los puede hacer,
por si fuere preguntado
si tiene borlas, que diga:
"No, sino huevos asados".
Échelos sobre las brasas
sin escupir, ni mojarlos,
y hágalos huevos perdidos,
supuesto que no ha de hallarlos.
Nunca los pasa por agua,
que le darán mil quebrantos,
pues tiene penas presentes
siempre con huevos pasados.
Ni aun el huevo de Juanelo
tiene de hacer entre tantos,
porque no empina los huevos
quien ni dar puede un porrazo.
Huevos de carnestolendas
hacerlos puede por vanos,
que carnes quitadas son
huevos que no la han probado.
El que hueros le saliesen
no es mucho, si le dio pasmo,
porque del nido en que estaban,
se los sacaron debajo.
Si son del gallo los huevos,
basiliscos empollados,
de los huevos del capón
saldrán en pollos los diablos.
No extrañe que este suceso
se escriba y publique tanto,
porque es de capón y huevos,
que han de ser muy cacareados.

[MS. Duke, fols. 168^r-169^v; MS Madrid, fols. 224^r-225^v; MS Yale-B, fols. 105^v-107^r; MS. Lima-A, fols. 100^v-101^v]

"A un narigón disforme"

Tu gran nariz, don Antonio,
del tribu de Benjamín,
me está tentando a un romance
agudo acabado en y.
Yo las tengo de pintar,
y si por feo el país,
no es pintar como querer,
es pintar como reír.
Tan reparable es por larga,
que más parece ojo, si
la nota de su largueza
a todos da que advertir.
Sin ser blanca me parece
un colmillo de marfil
pardo de los elefantes,
que rumea en Medellín.
Tu cara parece esquina,
que está junto a San Martín,
si la apuntala un gigante
del porte de tu nariz.
Casa es de la Compañía,
y te enteatinaste allí
de quien aprendió Lanero
los reparos de albañil.
Por tu nariz te saliste,
porque da tanto en salir,
que no sobresale más
el Cerro de Potosí.
Ella es nariz perdurable
y en largura tan sinfín,
que nadie la ve llegar
y todos la ven partir.
Su pico largo y feroz,
puesto en cañón de Alcribís,
no fue escogido a su moco,
sino a moco de candil.
Por pico de papagayo

ha de hablar y ha de decir
que, como cautivo y solo,
está en rostro de machín.
Nariz mensajera es, puesto
que embajadas da de tí
en las visitas; si antes
te salen a recibir,
"don Antonio viene" dicen,
y hay tiempo de prevenir
el chocolate una hora antes
que entre tu cuerpo ruín.
¡Cara con asa! El demonio
más sayón no encara así,
pues por olla o alcarraza
cualquiera la puede asir.
Cara con timón es popa
de fragata o bergantín,
si no proa de estos vasos
con dos letrinas al fin.
Cara con tabique es cosa
que se puede presumir,
que empareda las mejillas
por apóstatas de abril.
Cara con tollo de canto
es apodo tan feliz,
que para cara de viernes
no deja más que decir.
Retraído estabas, cuando
pasando iba un alguacil
por la calle, y tú en la iglesia,
te agarró de la nariz.
Y hecho anteojos agarrantes
la pescó diciendo: "Aquí
del rey". "Y tú aquí de la iglesia",
empezastes a decir.
El alguacil replicaba:
"No, porque yo te prendí
la nariz en la otra acera,

y no la he de desasir.
Porque en sagrado no estaba,
porque hay desde aquí a allí,
con muy poca diferencia,
doce varas de medir.
Y siendo la mayor parte
de ese tu cuerpo flauchín,
por parvidad retraída,
de la iglesia has de salir".
Si vas por alguna calle,
hay mil choques sobre sí;
has de cejar a los coches
que acertaren a venir.
Nariz que por caballete
trae ensillado un rocín
con bigotes, arritrancas,
cejas, pretal, tahalí.
Si comes, comen primero
o no tienes de engullir
cabizbajo, sino alzados
los ojos hacia el cenit.
Cara con mosquete tienes,
y en narigal serpentín
traes cañón y sacatrapos
con tabaco polvorín.
Narigón de quien Anaz
fue narigal aprendiz,
y Caifás parece romo,
mirado junto de tí.
Toda la naricería
no llegan al escarpín
de tu nariz con juanetes,
que es más pie que no nariz.
Ni en andas de la Pasión
el sayón más baladí
ha sacado en jueves santo
tan gran trompa de nariz.
Ni las doce tribus juntas,

desde Adán hasta Leví,
han narigado tan largo,
si eres narigón sinfín.

[MS. Duke, fols. 154^r-156^v; MS. Madrid, fols. 207^v-210^v; MS. Yale
B, fols. 84^v-86^v; MS. Lima-A, fols. 82^v-83^v]

"Aguda"

Aunque Venus no se da
y el venderse le conviene,
según pobre el Apolo está,
como éste, se va, se viene.

[MS. Yale-A, fol 156^v; MS. Lima-B, fol. 95^v; MS. Molíns]

"A la muerte del maestro Baes"

Cielos, astros, mares, tierra,
¿cómo insensibles e inmóviles
estáis, o no ha muerto Baes,
o sois sin duda de bronce?
¿Cómo no lloráis estrellas
pálidas exalaciones,
dando en fúnebres cometas
lágrimas de fuego al orbe?
¿Cómo no apagáis, luceros,
los diamantinos blandones,
para que ahumanas pavesas,
capuz vistáis a los montes?
¿Cómo de Febo y Diana
no se eclipsan los faroles,
plata de plomo la luna,
y el sol el oro de cobre?
¿Cómo a la tierra no blanden
los terremotos veloces?
¿Cómo el prefecto de arena
la mar soberbia no rompe?

Batalle contra la luz
la lóbreguez de la noche,
y en triste noruega encienda
teas de estrellas Faetonte.
El fuego y el Aquilón
batallen jurisdicciones,
el uno esgrimiendo rayos,
el otro truenos feroces.
Vacilen las dos columnas,
polos eternos del móvil,
para que cimbrando el eje
la azul esfera desplome.
Y aún todas se descuadernen,
se desquicien, y trastornen,
barajando los zafires
desde el primero hasta el once.
Todas las naturalezas,
viviente, errante, e inmovible,
al modo que sienten, hagan
funestas demostraciones.
Suspire el céfiro manso,
gima huracanes el norte,
y en densas nubes lo vago
se cubra tumba de horrores.
En exequias del ilustre
Baes, cuyo docto nombre
en el clarín de las letras,
todos de la fama le oyen.
Del archivo de las ciencias,
del doctor de los doctores,
del Salomón de estos siglos,
famoso en todas naciones.
Del Sansón de los discretos,
del Milón de los primores,
que hay fuerzas de entendimiento
como corpóreas disformes.
Del Aquiles de agudezas,
del Héctor de las cuestiones,
que es guerra la ciencia y esto

Minerva y Palas lo apoyen.
Del Apolo de ingeniosos,
Orfeo para los torpes,
si en lengua de necios supo
enseñar las discreciones.
En toda dificultad
de las ciencias era el norte,
hilo de los laberintos,
Teseo de indagaciones.
Monstruo fue de la elocuencia,
si en sus palabras acordes
cabía su entendimiento,
y en él cabían sus voces.
¿Qué teólogo cortó
en discursos, ni en sermones,
pluma más delgada? ¿Quién
dio a su patria más honores?
¿Qué docto no le arrió
las velas de erudiciones,
aferrando el estandarte
del saber al primer choque?
A no ser de fe, que sólo
hubo un Adán, con razones
por Baes diera dos padres
al linaje de los hombres.
Porque éste fue muy distinto
en su obrar del común orden
de los otros, que por uno
pueden regalar millones.
Préciese la muerte en ésta
de triunfos que la coronen,
que matar hombres comunes
son muy plebeyos blasones.
El nemini parco puso
por ingenios de este porte,
porque en los muertos no hay
que perdone o no perdone.
No con segur ordinaria,
o guadaña común, corte

el estambre de la vida
de un entendimiento noble.
Tengan para los discretos
los cadalsos sus rigores,
que para los necios basta
guadaña, horca, o garrote.
Porque en los hombres los más¹⁰
entendidos son mejores,
y a quien tal nobleza falta,
es plebe, aunque otra le sobre.
Nobleza es entendimiento,
no sangre que se corrompe,
y el tenerla buena, sólo
es hidalguía de humores.
Más triunfo fue de la muerte
Baes que el de emperadores,
que adonde hay más alma, hay menos
blanco para sus arpones.
Que no se estimaba en nada
le culpan y son errores,
que lo más que hay que estimar
es el no estimarse un hombre.
Nada innovó, si en los siglos
pasados y en el que corre,
el sabio ama los desprecios
y el incapaz los honores.
De conocerse, o no, nacen
aquestas dos opiniones,
y siempre se estima más
el que menos se conoce.
Si el saber fuera fortuna,
como es ignorancia torpe,
ninguno hubiera tenido
más puestos, premios, ni dones.
Sus méritos no premiados
son sus aplausos mayores,
porque el ingenio y la dicha
siempre anduvieron discordes.

¹⁰ Empiezan aquí los versos omitidos por Vargas Ugarte.

Sin la sal de la desgracia
los más ilustres varones
dejan dudas de si saben
sus primores, a primores.
Sean estatuas de pluma
memorias de su renombre,
que en pesados simulacros
veneran héroes atroces.
No su fama esculpa el mármol,
el jaspe, el hierro, ni el bronce,
que lo dócil del ingenio
más bien se explica en lo dócil.
Pero no estatuas le crijan
de piedras, para que entonces,
viéndole mármol como ellos,
le premien algunos hombres.
Aquí el sentimiento mío
hace que en lágrimas borre
segunda vez unos versos,
que son sin ellas borrones.

[*MS. Duke, fols. 201v^o-204r^o; MS. Madrid, fols. 260v^o-264v^o*]

"Romance a Jesucristo"

Crucificado Cordero,
cuyo poder infinito
dispensó en hacerse humano,
por parecer más divino.
Nunca parecéis más Dios
que cuando pasible os miro,
pues sólo un omnipotente
obrar en sí tal prodigio.
Gozar, y no padecer,
fue siempre correlativo
a la deidad, y no fuera
aplauso un acto preciso.
Pues al modo que al humilde
le ilustran los señoríos;

cuando se abate el Señor,
le hace mayor lo abatido.
Humillarse al hombre, el que
de la nada al hombre hizo,
es el mayor lucimiento
que pudo intentar lo altivo.
Vos, por mí, sin fama muerto,
yo, por Vos, con honra vivo;
parece que con lo ingrato
compitiendo estáis lo fino.
Ajusticiar al juez
el que cometió el delito,
son andar equivocados
los cargos y los castigos.
Vos atado, y vuestro rostro
de villana mano herido,
sacrilegio el más atroz
que se ha contado en los siglos.
¡Vos azotado, Señor!
Cielos, ¿estábais dormidos?
¿Para cuándo son los rayos,
si para entonces no han sido?
¿Cómo el eje imaginario
de ese globo diamantino
no se tronchó en sus lucientes,
constantes, eternos, quicios?
Elementos ¿para cuándo
guardábais los torbellinos
de violencias, que después
no te ha admirado Dionisio?
¿No fuera mejor, que antes
rugiérais embravecidos
en truenos, en terremotos,
volcanes, y remolinos?
¿Cómo lo voraz del fuego
se mostró entonces remiso?
¿Adónde de sus prestezas
tuvo el polvorín activo?
¿Cómo el viento en huracanes

no arruinó los edificios,
gimiendo a silbos el Noto,
y el Aquilón a bramidos?
¿Cómo el globo de la tierra
con intrépido ruido
no desquició de su centro
el duro peso nativo?
¿Cómo esa máquina errante
de luceros cristalinos
no cayó desengastada,
luz a luz y giro a giro?
¿Qué corazones de bronce,
qué entrañas duras de risco,
cinco mil y más azotes
pudieron daros, Bien mío?
¿Cuándo fuera la calumnia,
que os supuso el judaísmo,
cierta, con menos azotes
se acreditaran de impíos?
¿Cómo la inocencia vuestra
no vían por el martirio,
pues siempre en el inocente
anda sobrado el castigo?
¿Cómo en no perder la vida
no os conocieron divino,
pues ninguno en carne humana
tan gran resistencia hizo?
No sólo el amor es ciego,
sino el rigor vengativo,
pues tiene la ira más gruesa
venda que tiene el cariño.
¿Quién a un cuerpo lastimado,
por tantas partes herido,
saliva le escupe al rostro,
que fue clavel y ya es lirio?
¿Quién en imperio tirano
os puso junco marino,
cruel diadema en esas sienes
del monarca más invicto?

¡O sufrimiento de un Dios
tan sumamente infinito,
que excede al pensar más grande,
más alto, y contemplativo!
¿Qué esclavo de sus esclavos
se haga y de sus indignos,
que ni adorarle merecen,
pretenda ser abatido?
¿Quién vio así que el acreedor
pagase a los inquilinos
lo que a él le deben? ¡Notable
ostentación es de rico!
¡O incomprensibles ideas
de mi Dios, que al sacrificio
un padre, por deuda ajena,
sacrificase su hijo!
Si aquesta dita en Adán
el hombre la ha contraído,
pague Adán y pague el hombre
la deuda del Paraíso.
Y si todo el caudal de estos
no podía recibirlo,
por no alcanzar a la paga,
perdonárale propicio.
Pero, como hizo a los hombres,
cobró por ley de suplicios,
diciendo el pregón a voces,
que tal pague quien tal hizo.
¿Qué culpa tuvo la que
la original no ha tenido,
para que pague la Madre
con siete agudos cuchillos?
El caso fue, que a María
le dio tan del todo a Cristo
el Padre, que como a extraño
le miraba en los conflictos.
A su cuidado dejó
sus penas y regocijos,
y del mal y el bien partían

los dos amantes queridos.
De su purísima carne
le vistió, por darle abrigo,
y así María lastaba
las roturas del vestido.
Los dos santos inocentes
pagaban, donde colijo,
el tormento de la Madre
en grado más excesivo.
Porque el rigor de los golpes
adormece los sentidos,
y en ella estaban despiertos
para velar y sentirlos.
¡Qué lágrimas, qué amarguras,
qué lástimas, qué suspiros,
lo muy ponderado en esto
apenas llega a decirlo!
tengan lo no exagerado
por lo más encarecido,
pues donde la voz no alcanza
con el silencio lo explico.
Sentía como entendida,
con esto todo lo digo,
que los sentimientos siempre
se miden con lo entendido.
O dulces amantes tiernos,
¿quién pudiera en tal conflicto
acompañar vuestras penas
con sentimientos tan vivos?
Mas ya que no puede ser,
atenedme dueños míos,
que introduciros quisiera
el alma por los oídos.
Yo soy, divino Jesús,
de vuestras penas motivo,
hallando en mi ingratitud
tan grande asunto lo fino.
Mas si esto no fuera así,
no luciera en Vos lo rico,

que el que da a un ingrato, da
y paga el que da a un propicio.
Ser franco con liberales
es un pagarse en lo mismo,
o un prestarse que no deja
a lo liberal lucido.
Quien da a quien le ofende, añade
generosos requisitos
a su magnánimo pecho
de liberal y sufrido.
La sangre dan de las venas
unos por otros amigos;
Vos solo la dais de hecho,
y todos los más de dicho.
Porque juzgáis solamente,
me alegro de haber nacido
pecador, pero de serlo
contra Vos, siento infinito.
Poco hace en querer bien
un noble a un correspondido,
y esto de hacer poco deja
el lucimiento indeciso.
Pero el querer a un ingrato
es cosa, que os certifico,
que a poder hacerla yo,
sintiera hallar hombres finos.
Vos sólo podéis aquesto,
Vos sois clemente, yo impío;
y pues mi oficio hago yo,
haced también vuestro oficio.
Cuando veo tantas ofensas,
más que me acorto, me animo,
porque el mucho material
hace mayor edificio.
Ya sé, Señor, lo que os debo
¡o que mal hago en decirlo!
que el agraviador no sabe
la ofensa, sino el sufrido.
Diré quien sois y quien soy,

y con aquesto averiguo
lo que os debo regulando
vuestro amor por mis delitos.
Vos, el todopoderoso,
yo, el todo pobre e iniquo,
Vos, el sumamente sabio,
yo, el sumamente imperito,
Vos, lleno de todas ciencias,
yo, de la ignorancia abismo,
Vos, quien todo lo sujeta,
y yo, el que a todo me rindo,
Vos, sin principio increado,
yo, con bajo y vil principio,
Vos, sin fin, siempre inmortal,
yo, mortal con ser finito,
Vos, dueño de cielo y tierra,
yo, vil esclavo abatido,
Vos, inmenso, justo y santo,
yo, injusto, malo e iniquo,
Vos, el que da, yo, el que quita,
Vos noble, yo, envilecido,
Vos, el todo, yo, la nada,
Vos, la gloria, yo, el conflicto,
Vos, el sosiego, yo, el susto,
Vos, el triunfo, yo, el vencido,
Vos, el fuerte, el flaco yo,
Vos, la razón, yo, el delirio,
Vos, la gracia, yo, la culpa,
y en fin, por abreviar, digo
que en criatura y criador
hay un extremo infinito.
Y, pues, en el mal y el bien,
parece nos competimos;
cuando declino al extremo,
ya a hacerme vuestro declino.
¿Quién pudiera a la razón
sacrificar su apetito,
quitándole a las potencias
el riesgo de los sentidos?

Mas ya que no puedo daros
sino sólo afectos tibios,
en la voz tan puntuales
como en la obra remisos.
Recibídmelos sin cargo
de paga, que no os la pido;
que quiero ser liberal,
para ser con Vos bien quisto.
El albedrío os presento,
bienes libres que son míos,
pues aunque Vos me lo dísteis,
yo sólo tengo el dominio.
Y tanto es mía una cosa,
cuanto la uso a mi arbitrio,
y si no es cierto que escaso,
tengo en ella el señorío.
Vos me la feríásteis libre
y yo os lo dono cautivo,
y no es volver sino dar,
porque cambio un requisito.
Con novedad os lo doy,
y tenéis de recibirlo,
que aunque es una cosa misma,
yo os lo presento distinto,
Admitid de que os le doy
tan del todo, que os afirmo
que sólo albedrío tengo
de no tener albedrío.
¿Para qué quiero tener
tesoro tan grande y rico,
si lo estoy gastando todo
en comprar mi precipicio?
Dos veces se quema el que
sopla las llamas él mismo;
bástame el incendio sin
la pena de que lo avivo.
No es por temor ni por premio
de ser salvo o ser precito,
que soy aprendiz de noble

después que soy vuestro amigo.
Pues si glorias o tormentos
dependieran de mi arbitrio,
y quisiérais darme infierno,
me condenara yo mismo.
Pero cuando no es así,
porque sois tan justo y pío
que me condenáis, el hombre
se condena por sus vicios.
Gloria yo, sin gusto vuestro,
ni la quiero, ni la admito,
ni la hallara, pues sin Vos,
¿qué puedo encontrar propicio?
Si para ser condenado
nací, Vos seais bendito,
porque se haga vuestro gusto,
me alegro de haber nacido.
Tan conforme a vuestro gusto
estoy, Señor, que me miro;
y de ser quien fuí, ningunas
señas encuentro, ni indicios.
Juzga en mí vuestra justicia,
pues que mi maldad lo quiso,
desluciendo a la piedad
tantas antorchas de auxilios.
Yo soy mi fiscal, Señor,
¿cómo sufrís mis delitos?
Muera mil veces quien más
de un millón os ha ofendido.
Tanto aborrezco el pecar,
que a ser virtud y no vicio
matarse, por no ofenderos,
diera mi vida a un cuchillo.
Pero sé que en esta acción
más os ofendo que obligo,
porque ofendo vuestra sangre,
cuando la propia me quito.

Avicena se sangró¹¹
y ungió con su sangre un hijo,
que de flaqueza moría,
y cobró el infante bríos.
Y si Vos, Padre Avicena,
como médico perito,
a mis flaquezas humanas
aplicáis coral divino,
ociosa estará mi sangre,
puesto que en la vuestra miro,
que en récipe de piedades
se aplica a mi beneficio.
Avicena se dio una
sangría, pero Vos cinco,
que el amor de un padre humano
excedéis con tercio y quinto.
Y, pues, que yo dé mi propio
por Vos, no he de ser cuchillo,
cuanto falto a los rigores,
a las ternuras remito.
Sal corazón a los ojos
en lágrimas derretido,
para que así lavar puedas
tus pensamientos indignos.
María, abogada nuestra,
en cuyos méritos fío
más piedades de la palma,
que a la espada incentivos.
Aurora hermosa del sol,
que a media noche propicio
alumbró en Belén tinieblas,
que aun duran al judaísmo.
Preciosísimo lucero,
a cuyos intactos giros
no se le opone la sombra
de la culpa a deslucirlo.
Norte sois de los mortales,

¹¹ Los versos siguientes no se encuentran en la edición hecha por Vargas Ugarte.

por cuyo rumbo divino
navegamos de la vida
tantas tormentas tranquilos.
Vos sois la reportación
de la ira y el asilo
de tribulados que temen
de tanta ofensa el castigo.
La vaina sois de la espada,
a cuyos airados filos
de justicia, al empuñarla,
os pegáis por resistirlo.
Vos sois a la que se debe
estar poblado el empireo
de espíritus que en aplauso
os cantan gloriosos himnos.
Vos sois la que entre cristianos
tal devoción se ha adquirido,
que os llamamos en la angustia
primero que a vuestro hijo.
Bien hacemos, porque sois
de la piedad el archivo,
acogiéndonos a Vos
como el cordero al aprisco.
Así, como el niño al arca
le pide el sustento a gritos,
por saber que en ella está
depositado su alivio.
Vos lo sois del Testamento
donde encierra Dios prodigios
y piedades, que de Vos
saca para repartirnos.
Parece, según podéis,
que mandáis en lo divino
y no rogáis, porque excede
al ruego vuestro dominio.
Por Vos se derogan leyes
de los astros y los signos,
ya dilatando las vidas,
ya estorbando precipicios.

Los voraces elementos
por Vos se ven oprimidos,
enfrenando rayos, mares,
temblores, y torbellinos.
Vos sois la que altiva pisa
el áspid y el basilisco,
sin que el veneno de Adán
la planta os hiera nocivo.
Vos sois quien sois, que no hay más
término de definiros,
pues no se asimila a nada
la que más que todo ha sido.
Dios y Vos, reina del cielo,
sois solamente los dignos
de eterno aplauso, que os demos
por los siglos de los siglos.

[MS. *Duke*, fols. 92v^o-100r^o; MS. Madrid, fols. 127v^o-138r^o; MS. Yale-A, fols. 195r^o-203v^o; MS. Yale-B, fols. 8v^o-15v^o; MS. Lima-A, fols. 8v^o-15r^o; MS. Lima-B, fols. 113v^o-117r^o; MS. Molíns]

DANIEL R. REEDY

University of North Carolina